

paradojas y redundancias

eligio calderón rodríguez

No cabe esperar que los reyes se vuelvan filósofos ni los filósofos reyes. Tampoco es de desear, puesto que el disfrute del poder corrompe inevitablemente el juicio de la razón y pervierte su libertad

Kant

No inscribiré mis reflexiones en el campo de un debate, pues éste supone siempre la medida, la cautela y la reserva. Todo debate, como cualquier campo de batalla, implica un despliegue de fuerza y una voluntad de triunfo. No es, pienso, el modo en que debe reflexionarse hoy acerca de estos dos universos, sólo conectados por una significativa conjunción copulativa. Pero, me pregunto, ¿es todavía posible dialogar acerca de esos dos extremos, y dialogar entendiendo el diálogo como realidad intersubjetiva y no como un simple instrumento o como una forma retórica de la dogmática intelectual?

Todo pareciera indicar que en la Universidad, hoy, sólo queda espacio para el debate, los monólogos paralelos y los diálogos técnicos, como si se hubiera desertado para siempre de la inteligencia y de la argumentación. Hoy nadie busca convencer en esta Institución que apenas osa decir su nombre. Y convencer con ideas, hilando la trama de un discurso. Casi todos desean que la Universidad y la democracia estén de su lado, más pocos desean estar del lado de la Universidad y de la democracia.

La Universidad y la democracia no hacen tanto bien en el mundo como daño hacen sus apariencias. Y hay ocasiones en que la Universidad y la democracia apenas parecen probables.

¿Podemos —nos preguntamos también— seguir haciendo referencia a esos dos elementos sólo como sustantivos y no como verbos, como si estuviera fuera de ellos su conjugación y, por lo tanto, la posibilidad de practicar su substancia, y cuya variabilidad estaría dada por la disposición del sujeto que realiza la acción?

Debo decir, asimismo, que estas reflexiones se sitúan en un momento en el que la Universidad debe pensarse a sí misma, sin buscar fuera de sí su razón de ser, su sentido o su dirección. Y que cualquier intento por concebirla desde una perspectiva finalista, o por tratar de significarle un sentido exterior a ella misma, calla

todo acerca de ella misma o esconde todo acerca de ella misma. En cierto modo, el tema mismo que nos convoca abre una pluralidad de interrogantes acerca de la pertinencia de pensar las relaciones entre Universidad y democracia, pertinencia que no negamos pero que tiene la virtud de desplazar el campo de historicidad propio y específico de cada uno de los elementos considerados.

Toda proposición representa siempre una respuesta, uno de cuyos efectos característicos consiste en evacuar la cuestión a la que responde. Y las razones no son accidentales. Toda respuesta comporta, inevitablemente un designio referencial cuya consecuencia inmediata es borrar su carácter de respuesta, y, a tal punto, que se borra al mismo tiempo bajo la respuesta, la cuestión que aquélla suponía.

Quisiéramos evitar todo equívoco:

Hoy se impone ante nuestros ojos la imagen de una Universidad cada vez menos dueña de su propia significación o que deriva su sentido y su razón de ser fuera de sí misma, en todos sus niveles organizativos y decisionales y tanto en la elaboración de sus planes de estudio como en sus programas de extensión universitaria. La Universidad busca su identidad fuera de sí misma, lo que haría suponer que no tiene más una identidad propia. Y la imagen es aterradora: Un aparato central impersonal integrado por profesionistas que hubieran sido profesores, historiadores, literatos, investigadores, de haber podido. Han ensayado su talento en esos campos y han fracasado. Por eso se convierten en burócratas. Decirles de otro modo sería lisonjearlos. La prueba de ello está en el hecho de que jamás —salvo excepciones— regresan a las aulas, a los archivos, a las bibliotecas. Y lo cierto es que jamás vuelven a escribir otra cosa que no sean informes ciegos o actas administrativas cuya precisión y lenguaje nos hacen pensar que la humanidad no perdió nada y se evitó un pésimo escritor. Ese aparato central impersonal se ha convertido en un monstruo de singularidad y crece ahí donde decrece lo estrictamente académico, más aún, a expensas de lo académico. Y su proyecto de Universidad, si lo tiene, cosa que dudamos, no lo deriva de la *intelligentsia* constituida e instituyente, portadora de un conocimiento y un saber significativos, y que existe en

esta Universidad; lo deriva sólo del juego administrativo y de las sujeciones al proyecto estatal en turno o a los mimetismos que se derivan de la exaltación del modelo de universidad privada. De ahí la exigencia de una productividad que no entiende, no concibe sino productos coyunturales, *actuales*, útiles y utilizables directamente por una demanda tan *invisible* como el mercado.

Se pretende que lo académico sea igualmente impersonal y que se identifique con la modernización o con una productividad ciega y sin límites. Se pretende que lo académico se fusione con la modernización, que se identifique con las necesidades del Estado y se organice atendiendo a las modalidades de funcionamiento de las universidades privadas.

Es preciso volver a definir el estatuto del mando y las opciones en materia de decisiones, así como su estructura y sus niveles de organización. Aquí hay un enjuego en verdad significativo, pues de ello depende y dependerá el sentido y la significación de la Universidad como instituidora de cultura y no como institución de cultura. Y digamos que la cultura es un enjuego, una cuestión de vida o de muerte, un conjunto de recursos y de proyectos que los sujetos buscan encauzar, controlar, apropiarse, disputar, pues en ello va su existencia como sujetos, su posibilidad de seguir siendo tales.

Paradojas y redundancias

Antes de discutir las relaciones entre Universidad y democracia, urge definir el estatuto mismo de la Universidad, sus orientaciones, sus proyectos, y no desde ese exterior a la Universidad que son la administración, el Estado, la empresa privada o el mercado. De no hacerlo la Universidad corre el riesgo de aniquilar su propia identidad o de construirla destruyendo su especificidad.

Lo más urgente es saber si todavía tenemos una historia y un proyecto propio de Universidad. Segundo, si la Universidad funda su razón de ser y su sentido en una correspondencia o en una no correspondencia entre Universidad y sociedad, entre Universidad y Estado, entre Universidad y capital.

Tercero, cuáles son los márgenes de no simetría entre Universidad y sociedad, entre Universidad y Estado, entre Universidad y capital.

Cuarto, saber si vivimos una mutación cultural o sólo un conjunto de evoluciones, sin discontinuidad con el pasado, y cuál sería el papel propio y específico de la Universidad en el momento presente.

*la universidad busca su identidad
fuera de sí misma*

GACETA IMPERIAL DE MÉXICO.

DEL MARTES 2 DE OCTUBRE DE 1821.

MEXICO, TUXTLA Y CHIAPA

Después de trescientos años de llorar el continente

Quinto, reconocer los momentos instituyentes y su exigencia de autonomía en las opciones académicas que no se reconocen en aquellas concepciones que sólo ven la inmediatez del conocimiento o que sólo entreven en la imitación de otros modelos fundados en la productividad la *salida* de la *crisis* universitaria.

Sexto, entender que la llamada *crisis* Universitaria, no es sólo un problema de financiamiento o de *democratización* de sus instancias. Es esencialmente una crisis de concepción y de proyecto.

Es esencialmente una crisis cultural, en el pleno sentido de la palabra. En ese sentido, puede comprenderse que el motivo central de la disputa sea hoy el estatuto del conocimiento. El eje del conflicto, para nosotros, es ese y no otro. Los demás son simplemente sintomáticos.

Séptimo, ciertamente tecnología y racionalización aparecen como los enjuegos *sociales* del presente, más la Universidad no puede fundar su sentido únicamente en estos dos polos significativos. Hacerlo conduciría a excluir de golpe lo inactual, lo inútil y lo infructífero, es decir, lo más plenamente humano.

Octavo, sólo disociando *modo de funcionamiento* y *modo de transformación, modernidad y modernización* podremos encontrar el sentido propio, original e instituyente de la Universidad.

Noveno, el surgimiento de algunos colectivos académicos en la Universidad merecen toda nuestra atención. En ellos se delinea la crítica más implacable al proyecto de Universidad que está surgiendo, y constituyen, sin duda, un momento de racionalidad *Otra* que no tiene precedentes. Estos se han constituido independientemente de todo designio administrativo o político. Su característica principal es la de ser puramente académicos. En ellos debe verse el renacimiento de una *Universidad otra*, completamente antipódica de aquella que hasta ahora es la única visible, precisamente por ser puramente apariencial.

Hechas estas consideraciones, vayamos al punto central de la convocatoria.

Hemos de decir que el título mismo provoca un estu-
por. Si lo leemos horizontalmente veremos que la demo-
cracia sucede a la Universidad y ésta precede a la
democracia. Lo único que las separa es esa conjunción
copulativa Y. Proyectadas linealmente en el espacio
podríamos suponer que la democracia sería un momen-
to consecutivo, un más allá de la Universidad, un allá
que no está en la Universidad. Esa proyección en el
espacio pareciera también inscribirse en el tiempo, en
un tiempo donde la democracia aparecería como una
suerte de esperanza escatológica, una proyección en un
fin de la historia.

Sin embargo, ahí está esa Y. Universidad y democra-
cia, como si la Universidad estuviese separada de la
democracia y fuese, por tanto, proporcional a ella. Con
ello avanzamos un paso más en el desprecio de la
Universidad, por reacción contra su sobrestimación, su
pretensión de considerarse como razón y fin de todo.
Como si sospecháramos la existencia de una oposición
entre la democracia (entendida como una forma ideal
de gobierno) y de un otro mundo, la Universidad. Esta
Y copulativa entre dos elementos nos haría concebir
una desconfianza implacable respecto a la Universidad,
es decir, nos hace suponer que la democracia no es en
la Universidad, y que la Universidad no es tampoco en
la democracia. Hay, en éste modo de pensar las cosas,
un problema de sentido: como si la Universidad sólo
pudiera tenerlo gracias a la democracia, pero a la de-
mocracia le falta Universidad. O, dicho de otro modo,
como si la Universidad debiera aspirar a la democracia
sin alcanzarla jamás, al menos en el campo del simple
enunciado del foro. O buscarla en otra parte, fuera de sí
misma y de sus creaciones. Para vivir, siquiera para
respirar es precisa una inmensa dosis de insensatez
para creer que el mundo o nuestros conceptos encierran
un fondo de verdad. Desde el preciso momento en que
esa insensatez cede, se distiende, caemos en un estado
de indeterminación pura, perdemos nuestros referentes
y divagamos... divagamos. Y colocamos la afirmación y
la negación en el mismo plano, aun cuando en la nega-
ción haya algo más, un suplemento de ansiedad, una
desesperación.

¿Cuál de esos dos elementos es afirmativo y cuál es
el negativo. O acaso ambos sean negativos y afirmati-
vos al mismo tiempo? La interrogante merece desentra-
ñarse. También merece decirse que ambos conceptos
no gozan precisamente de una gran reputación, razón
suplementaria para abundar en las respuestas a la
pregunta que formulamos.

Si aceptamos esa sucesión lineal, podemos entonces
decir que la democracia aventaja a la Universidad, y
que ésta no podrá jamás alcanzarla, cualquiera que sea
su velocidad; pues, mientras que la Universidad corre
para alcanzar el punto desde donde ha partido la de-
mocracia, ésta avanza de tal suerte que la Universidad
no podrá jamás anular este avance. Igual que en la

célebre axiomática de Aquiles y la Tortuga de Zenón de
Elea.

Hay toda una serie de deslizamientos paradójicos en
la formulación misma del tema que hoy nos reúne aquí.
Deslizamientos que engendrarían verdaderos fenóme-
nos de redundancia si no se definen con precisión los
elementos de referencia, o si no se reconoce que en
algún punto pueden fusionar de modo isomórfico y
superponerse. De ahí, también, la necesidad de definir
el Y de la conjunción copulativa. Yo pensaría que hay
un momento en que Universidad y democracia fusio-
nan, y volvería a insistir en esos colectivos de creación
y reflexión académica e intelectual. Sólo en ellos la
Universidad es y no es democrática. Lo es porque la
democracia es siempre posible, y no lo es porque la
democracia puede ser siempre trastocada y evacuada,
cambiada por otra forma de gobierno del conocimiento.
En esos colectivos la Universidad y la democracia cam-
bian o se fijan, sin estar predeterminados desde el
exterior por no sé qué razón de la historia, por no sé qué
inmanentismo. Sólo en ellos es posible esa combinación
de conflicto y de creatividad, pues sólo en ellos la
Universidad, cuando existe, es el trabajo de una Univer-
sidad sobre ella misma.

La democracia y sus sentidos

Antes de concluir quisiera referirme a un núcleo proble-
mático que está implícito en el segundo término de la
convocatoria: la democracia.

Primero, la democracia política por sí sola, sin una
plena utilización de las potencialidades intrínsecas a la
Universidad, es decir, sin la abolición de las entropías
actuales (Nota: estas entropías no son exclusivamente
externas a la Universidad; podríamos afirmar, incluso,
que la mayoría de ellas son internas: a) Una adminis-
tración sin formación en la materia que sólo concibe su
práctica como una palanca para proyectarse en otras
administraciones, incluso no universitarias. Es una ad-
ministración sin permanencia, al menos en sus estratos
superiores. b) Un patronato integrado por algunos
miembros exógenos a la Universidad, y cuya especifici-
dad ignoran la mayoría de las veces; c) Organos cole-
giados con escasa representatividad, fenómeno que
tiende a crecer en todas las instancias; d) Aumento del
número de los profesores-mercenarios que no tienen
como referente único a la Universidad y que, a la mejor
ocasión, abandonan por completo su deontología per-
sonal; e) instauración de verdaderos sistemas de des-
taje que ponen en entredicho la calidad de toda re-
flexión y de toda creación verdaderamente importante;

*urgente saber si aún tenemos una historia y
un proyecto propio de universidad*

políticas equivocadas como los estímulos académicos, que sólo esconden una política generalizada de bajos salarios, imputando la existencia de ellos al raquitismo de la *productividad intelectual*; f) desaparición paulatina de los mecanismos de la bilateralidad y su sustitución por un despotismo unilateral y victoriano, abandonando así toda posibilidad de entendimiento y concertación; g) eliminación de la reflexión intelectual y académica departamental y su sustitución por reuniones de fines de semana en algún centro ajeno a la Universidad; h) irrupción de formas de nepotismo en la atribución de cursos de posgrado; i) aparición de cursos de formación continua orientados no endógenamente hacia la propia formación de la planta docente; atribución unilateral, sin previa consulta a la comunidad de profesores, de puestos de dirección de publicaciones, atribución que puede ser pertinente en ciertos casos, mismos que no conocemos hasta ahora; j) políticas de coediciones con ciertas editoriales, que no siempre otorgan la elaboración de los textos al personal académico más idóneo; k) políticas de elaboración de los posgrados atribuidas en muchas ocasiones a un personal académico no idóneo, y el idóneo, no es reconocido como tal; l) planes de estudio caducos en ciertas disciplinas, como la Sociología, donde la mediocridad se pretende substituir por la votación de los programas; m) la obligación de todo proyecto de investigación de pasar por órganos colegiados burocratizados y no por verdaderos colectivos de especialistas en la materia; n) un ejército de trabajadores temporales, siempre a la caza de una plaza que en ocasiones no tiene nada que ver con su formación académica e intelectual; o) colectivos de investigación y de estudio que no pueden disponer de sus propios recursos para la adquisición —sin tener que pasar por la burocracia de la biblioteca, ruin por cierto— de material bibliográfico propio; etc., etc., etc. y que sólo por referir dos: pésimas condiciones de ejercicio de la actividad propia de la Universidad (docencia, investigación y servicio), y el empeoramiento de la condición salarial, sólo es un guante vacío.

Segundo, la crisis de legitimación de la Universidad, cuyas tendencias autoritarias internas tienden a crecer, es crisis de eficiencia y de funcionamiento de los mecanismos de fundamentación del sentido y significación de la propia Universidad. La Universidad no gira más en su propio centro; es ella la que busca, hoy, girar en torno a una heterorreferencialidad exógena. A tal punto que ha perdido su centro y su referencialidad. Ha perdido su legitimación al perder su identidad y buscarla en aquellas universidades que han aumentado su peso en la educación superior, sin preguntarse en dónde

hemos identificado la democracia con la legalidad, mientras ésta sufre un proceso de formalización cada día más opresivo



LA VOZ DEL PUEBLO.

PROSPECTO.

Tant qu'une goutte de sang coulera dans mes veines, j'ai le cœur trop haut, j'ai l'âme trop fière pour reconnaître d'autre maître que le peuple.

Paroles de Quinet à Robespierre.

Mientras corra en mis venas una sola gota de sangre, tengo el corazón demasiado elevado, tengo el alma demasiado altiva para reconocer más soberano que el pueblo.

Palabras de Quinet a Robespierre.

derivaban su existencia y hacia dónde se perfila nítidamente su orientación.

Tercero, los procesos de destrucción de un posible tejido democrático en la Universidad adquieren toda su fuerza principal de la incapacidad de los órganos colegiados más importantes para dotarse de una base de legitimidad frente a las tendencias devastadoras producidas por la crisis económica, por la agudización de los conflictos, y por el intento de salir de la crisis reorientando a la Universidad no hacia dentro, sino hacia afuera y aumentando el control a fin de volver fluida la productividad interna.

Cuarto, el hecho de que —a nivel general— el intento de recuperación de la legitimación de la Universidad y de sus políticas y planes de estudio tenga lugar mediante el despliegue de políticas autoritarias —en la organización del trabajo, en el campo de la definición de proyectos de investigación, en el sometimiento a tabuladores infernales y destajistas, en el campo de los derechos sindicales— demuestra la incompatibilidad orgánica entre democracia y estabilidad interna. No nos es dado, en el estado presente de cosas, pensar en una fase histórica de ampliación de la democracia, entendida como ampliación de la participación y del control político y del sistema de libertades (hoy todas las investigaciones, si quieren participar del presupuesto deben someterse previamente a los consejos divisionales, por ejemplo), sin una transformación de las estructuras internas de la Universidad, de las relaciones de poder, de las opciones y decisiones económicas y, sobre todo, culturales fundamentales. La fase actual, pienso, será lo que se desee, pero no es una fase de expansión de los procesos democráticos.

Quinto, la recuperación de la eficiencia de la Universidad no se lleva a cabo con la solución totalitaria clásica, sino con los instrumentos de la *democracia autoritaria*, mientras las exigencias de la productividad académica se definen en nombre de una abstracta racionalidad: la modernización educativa.

Sexto, en la fase actual nadie puede modificar —ni siquiera en nombre de la democracia, menos aún en su nombre— los mecanismos de decisión y la decisión misma de modernizar la educación. Al menos no se perfilan siquiera las sombras de los sujetos capaces de invertir tales decisiones.

Séptimo, en ese sentido podríamos preguntarnos acerca de la pertinencia de elegir democráticamente a una persona que de antemano está predeterminada por la necesidad de modernizar desde afuera de la Universidad a la propia institución.

Octavo, de hecho vivimos en un estado de excepción, que sólo desaparecerá con la aceptación irrestricta de una solución excepcional que sólo de modo excepcional puede surgir de la propia Universidad.

Noveno, la destrucción sistemática de todo intento por pensar de modo distinto a la Universidad —profesionalizar la enseñanza, democratizar la enseñanza y las decisiones principales— ha corrido de modo paralelo con la introyección de una visión fetichista de la modernización educativa.

Décimo, la disputa *societal* no sólo se refiere al concepto mismo de Universidad; también es acerca del concepto de democracia, sobre el nexo entre democracia y transición. Los regímenes contemporáneos imponen la formación de obediencia no más a través de aquellas categorías mediadas por la coerción totalitaria sino a través de institutos políticos que aseguren la formación de un consenso heterodirecto.

Undécimo, nuestro error principal en estos procesos está en haber aceptado en la substancia una **reducción del espesor de la cuestión democrática**. Hemos identificado a la democracia con la legalidad, mientras ésta sufre un proceso de formalización cada día más opresivo.

Duodécimo, hoy tal vez no sea el caso de introducir los *soviets* en la Universidad —cosa que no estaría del todo mal—, pero sería tal vez el caso de introducir la

separación de poderes, el *habeas corpus* y el voto secreto en muchos procesos de elección.

Décimo tercero, tampoco nos hagamos muchas ilusiones, estamos apenas en el inicio de un largo y atormentado proceso de revisión y de conceptualización de una tradición —la democrática— que hace aguas por todas partes. Y sin embargo, la cuestión, simple y contundente, es siempre la misma: ¿Por qué el ser humano, nacido libre, está más encadenado que antes? ¿Será que las cadenas son aún más sólidas y estables que antes?

Finalmente, afirmar la identificación de la Universidad con la democracia política comporta muchos riesgos, pero hay que correrlos.

El problema queda abierto y nos confrontaremos con él en el futuro, porque parece siempre más verosímil que en las sociedades contemporáneas la contradicción de mayor relieve será entre las exigencias de expansión de las libertades reales y los mecanismos autoritarios introducidos en función de la estabilidad política y de la *dinamicidad* económica.

Estamos en una fase de mutaciones altamente significativas. No será fácil encararla sin una definición de la Universidad o con una definición que reduzca su espesor; tampoco podremos hacerlo sin una definición de la democracia o con una definición que la limite a la pura legalidad.

Sólo entonces, podremos concebirlas como verbos y pensar sus relaciones. Salgamos de los debates de cuyas heridas no se sana jamás. Empecemos a dialogar, primero, único modo de hacer saber que hemos tomado distancia frente a ese orden de cosas insignificante en el que se pretende convertir a esta Universidad; y segundo, concluyamos que si los males de la democracia pueden curarse con más democracia, tal vez los males de la Universidad puedan sanarse con más Universidad.

